



MACA FERREIRA

UN SUEÑO LLAMADO
VALENTINA

UN SUEÑO LLAMADO
VALENTINA

MACA FERREIRA



Copyright © Maca Ferreira

Obra Registrada sin ánimo de lucro.

Safe Creative: 1504103813240

Primera edición: Abril 2014

Segunda edición: Junio 2020

Diseño interior y portada: Maca Ferreira

Los personajes y acontecimientos reflejados en este relato son ficticios, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Las marcas y lugares mencionados pertenecen a sus respectivos dueños, nombrados sin ánimo de infringir ningún derecho sobre su propiedad.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización por escrito del propietario y titular del Copyright.

Este relato es de difusión gratuita cedido por la autora para sus lectores.

«Un viaje de mil millas comienza con un primer paso».
LAO-TSE

• He tendido la lavadora? Sí, creo que sí. Aunque, ahora que lo pienso, sé que abrí el portón y puse el cesto debajo... pero ¿la llegué a tender?

—Pichoncita, ¿estamos a lo que estamos? —me dice al oído, con voz agitada.

—Sí, sí... claro. Perdona, estaba distraída —le contesto volviendo al presente, muy a mi pesar. ¿Cuántas veces le habré dicho que no me llame Pichoncita?

—¿Distraída mientras estoy follándote? Pichoncita, vamos, no me jodas. —Parece ofendido. «¡¡¡Sí!!!», me encantaría gritarle.

¿Follándome? He visto conejos que lo hacen mejor que tú, ¡so pedazo de calamar! Encima no has tenido ni la poca decencia de llevarme a un bonito hotel o, aunque fuese, a un hostel de mala muerte en el que la recepcionista tuviese bigote y el ambiente oliese a moho... ¡¡¡No!!! ¿Para qué? Mejor aquí, en la furgoneta de tu trabajo, con toda la parte de atrás llena de cajas... ¡Y encima me estoy clavando el puto freno de mano en el muslo!

—Lo siento, he tenido un mal día... pero ya estoy aquí. Entera para ti. —Sí, lo sé. Soy una rajada y no le digo nada de lo que pienso. Sólo quiero que se vuelva a calentar y acabe de una vez.

Mi objetivo se cumple. Él vuelve a retomar el meneo conejil y yo empiezo a gemir, intentando que crea que me gusta lo que me está haciendo.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunto levantando la cabeza e intentando captar el ruido que he escuchado hace un momento—. Para... Lo he vuelto a escuchar. ¿No lo oyes?

—No, Pichoncita. Cállate y disfruta —me reprende sin resuello y sin parar su movimiento, poniéndome furiosa.

Al cabo de unos segundos vuelvo a percibir el mismo sonido. Un retumbo metálico, como si estuvieran intentando abrir una lata con una piedra. Empiezo a asustarme. Estamos solos en una parte del muelle del puerto, de noche, lloviendo...

—Oye... —Mi voz es un susurro—. Creo que hay alguien ahí fuera.

—Mira, nena, deja de dar la nota. Hoy estás especialmente insoportable. Hazme el favor de dejar de montarte películas de miedo en la cabeza y acaba lo que has empezado.

En ese momento la puerta de la furgoneta se abre y veo cómo dos hombres encapuchados lo sacan de encima de mí; él está prácticamente en estado de shock y no reacciona. Mientras que lo llevan fuera del vehículo, yo empiezo a llorar y a sentir que me falta el aire para respirar. De pronto, unas manos desde detrás me agarran la cabeza y veo que llevan algo hacia mi nariz.

Luego, todo es oscuridad.



Cuando abro los ojos noto que la cabeza me va a estallar. Intento incorporarme de donde me encuentro tumbada, pero rápidamente me vuelvo a echar hacia atrás y cerrar los ojos. La sensación de mareo es insoportable. De repente, oigo una voz masculina que resuena en toda la habitación.

—BK, la chica ha despertado.

Intento concentrarme y hacer memoria de lo que ha ocurrido, pero sólo vienen a mi mente flashes incoherentes y sin sentido. No consigo recordar nada con claridad y todo lo que sé es que me encuentro en algún tipo de habitación, muy poco iluminada, totalmente desnuda y sobre una cama bastante cómoda.

—Gracias, Sean. Déjanos solos —oigo otra voz masculina al cabo de unos segundos.

Abro los ojos e intento enfocar la silueta que se acerca muy lentamente hacia mí. Se detiene antes de llegar a la cama donde me hallo y se sienta en una silla que no había visto antes.

—Se sentirá mareada, confusa. Quizá tenga náuseas, le duela la cabeza... pero pronto pasará. ¿Cómo se llama? —Se dirige a mí con una voz grave, autoritaria y extrañamente amable.

—¿Dónde estoy? ¿Quién eres? ¿Por qué estoy aquí? —suelto todas las preguntas que me rondan la cabeza de golpe, asustada.

Intento reconocer su rostro, pero no consigo verlo con claridad, ya que la poca iluminación de la habitación hace que no pueda distinguir sus rasgos. Se trata de un hombre corpulento, con el torso descubierto y lo que parece un tatuaje en su brazo derecho.

Está sentado, con los brazos apoyados en las rodillas y la cabeza dirigida hacia mí. Sus ojos, esos sí puedo verlos... Son realmente atractivos, no puedo despegar mi mirada de ellos.

—Está a salvo, el lugar es lo de menos. ¿Quién soy?... No veo por qué tiene que saberlo. Y se encuentra aquí porque estaba en el lugar oportuno y en el momento idóneo. —Hace una pausa y yo espero a que vuelva a hablar. No entiendo cómo me infunde cierto respeto, pero así es—. Va a tener que cumplir una serie de normas si quiere que todo vaya bien. ¿Está dispuesta a colaborar?

¿Normas?, mi mente no está en su momento más lúcido y no sé a qué puede referirse.

—¿Qué ocurrirá si no quiero seguir esas normas de las que hablas? No entiendo por qué me retenéis aquí. ¿Qué queréis de mí?! —le pregunto al borde de las lágrimas. Parece que me he convertido en la protagonista de uno de los capítulos de «Mentes criminales».

—Parece una mujer lista y creo que lo va a entender a la perfección. Dígame, ¿cómo se llama? —pregunta de nuevo.

—Valentina.

—Muy bien, Valentina. Se lo voy a explicar una sola vez. Quiero que preste toda su atención —me explica, acercándose a la cama y sentándose en el borde. Ahora sí puedo distinguir su rostro—. Está aquí por y para el placer. —No consigo captarlo y él ve mi cara de confusión. Lleva una mano hacia mí y la desliza muy suavemente por mi pierna, desde el tobillo hasta la rodilla, y hacia abajo de nuevo—. Mis hombres van a venir y van a coger de usted lo que yo quiera y ordene, van a hacer todo lo que yo diga y usted va a colaborar, pero lo más curioso de todo es que va a querer colaborar —me dice muy seguro de sí mismo—. Y ahora me preguntará cómo sé que va a querer hacerlo, ¿verdad?

—¿Sus hombres? ¿Colaborar?... ¿Me estás diciendo que van a utilizarme? —Empiezo a ponerme nerviosa y a retorcerme encima de la cama, ya que su mano sigue su recorrido ascendente y en cada movimiento se acerca más a mi sexo.

—Quédese quieta —ordena con voz intensa y detiene su mano.

Me paro de inmediato y no muevo ni un solo músculo. Mi cuerpo reacciona a esa orden hecha con voz grave y, dejándome totalmente desconcertada, noto que empiezo a excitarme. Debe de ser algún tipo de broma de mi cuerpo que en esta situación extrema reacciona de esta forma. No debería estar así, debería tener miedo, pánico. Pero mi cuerpo se manifiesta de forma totalmente diferente.

Su mirada, sus manos, su voz... Todo en él hace que mi cuerpo se excite como nunca antes lo había hecho. Él parece haber notado mi cambio de actitud y no aparta su mirada de mis pezones, que, contra toda mi voluntad, se ponen cada vez más duros bajo sus ojos.

No puedo pronunciar una sola palabra. Su orden me ha dejado enteramente paralizada y espero su siguiente movimiento. Su mano vuelve a posarse sobre mi muslo y, deslizándose igual de suave que antes, la lleva hasta mi sexo. Con sus dedos abre mis labios y puedo sentir mi humedad extenderse con sus caricias.

—Valentina —susurran sus tentadores y carnosos labios—. ¿Nota cómo todo su cuerpo reacciona ante mí? Quiere hacerlo. Quiere que mis dedos sigan moviéndose hasta encontrar su propio placer —me dice sin dejar de mover los dedos de una forma tortuosamente lenta—. Le aseguro que, si sigue las normas, ese placer va a ser el más grande que haya podido sentir en su vida. Y ahora, dígame, ¿va a seguir mis normas? ¿Va a colaborar?

No soy capaz de encontrar mi propia voz. Mi mente se encuentra en una lucha contra mi cuerpo y mi sentido común. No debería estar planteándome estas preguntas. Debería gritar ¡¡no!! con todas mis fuerzas, pero mi cuerpo no es capaz de articular esas dos sencillas letras. Todo es realmente confuso. ¿Será esto el síndrome de Estocolmo del que hablan?

—Contésteme. —De nuevo ese tono de voz autoritario que, incomprensiblemente, consigue hacer de mí lo que quiere.

—Sí, seguiré las normas —le respondo con la voz entrecortada.

Dios, debo estar totalmente mal de la cabeza. ¿Acabo de aceptar convertirme en la muñeca hinchable de los hombres que tendrá por aquí escondidos?

—Buena elección. No se arrepentirá, se lo aseguro —me halaga, dedicándome una sonrisa ladeada y levantándose de la cama—. Recuerde lo que hemos hablado y todo irá bien. Será un verdadero placer conocerla, Valentina.

Se dirige hacia la puerta y yo me quedo paralizada, preguntándome qué es lo que va a pasarme a partir de ahora.

¿Cómo he podido consentir esto?

No sé nada de este hombre y, sin embargo, me he puesto en sus manos para cumplir cada uno de sus deseos. Pero, extrañamente, no siento miedo.

¡Debo estar mal de la cabeza!

Mientras sigo dándole vueltas, intentando encontrar una razón lógica para todo esto, veo que abre la puerta y tres hombres más entran en la habitación. Automáticamente intento cubrir mi cuerpo, llevándome las piernas al pecho y pasando mis brazos por las rodillas, en actitud vulnerable.

Los tres nuevos hombres se acercan a mí y escucho cómo el que ha estado hasta hace un momento hablando conmigo, líder del grupo, les ordena que se queden quietos. Ellos paran, uno a cada lado de mi cama y el tercero en los pies de esta misma.

—Sean, Mike, inmovilízales los brazos. —Los dos que están a cada lado, uno moreno, de baja estatura y cara afilada, y el otro totalmente rapado y con todo el cuerpo lleno de tatuajes, me agarran las manos bajo la atenta mirada del líder, que se ha sentado en el otro extremo de la habitación.

Yo intento forcejear con ellos, pero de nuevo su dominante voz detiene mis movimientos.

—Valentina... Valentina... —dice, chasqueando la lengua en señal reprobatoria—. Creía que habíamos dejado claros los términos de nuestro acuerdo, ¿o es que se lo ha pensado mejor? —termina, levantando una ceja con gesto retador.

—No pueden hacerme esto, no está bien. Déjenme marchar, por favor... —suplico al borde de las lágrimas a los dos hombres que intentan agarrarme, sin éxito.

—¿De verdad es eso lo que realmente quiere? ¿No preferiría poder estallar de placer mientras mis hombres recorren todo su cuerpo? —contesta desde su asiento.

Su voz... Ahora mismo creo que podría someterme a cualquier cosa que me pidiera.

Empiezo a dejar de forcejear y los dos individuos consiguen atarme cada muñeca al cabecero de la cama, sin ningún nuevo intento de rechazo por mi parte.

—Bien, eso está mejor —aprueba, sin moverse de la esquina.

Ellos están totalmente desnudos y desde mi posición puedo apreciar que están bastante excitados. El que está a los pies de mi cama no deja de pasear una de sus manos por su dura y enorme erección, de forma totalmente hipnótica para mí.

—Valentina, abra sus piernas. Deje que podamos apreciar ese dulce coñito empapado que tiene para nosotros —me dice desde su asiento.

Sus palabras hacen que aparte la mirada del más alto de todos, que está a los pies de la cama observándome fijamente y sonriendo, mientras sigue con el lento vaivén de su mano. Observo la escena general comprobando la situación, y mi mente olvida dónde me encuentro y por qué, centrándome en los tres hombres desnudos, a mi lado y dispuestos a darme placer.

Con los pies apoyados en la cama abro mis piernas, sintiendo cómo empieza a subir mi temperatura corporal, mezcla de vergüenza y excitación. Nunca antes me había visto en una situación parecida.

—Un poco más... Así, perfecto. Ahora présteme atención, Valentina —me dice, mientras se desabrocha los pantalones vaqueros que lleva—. Ni mis hombres ni yo vamos a tocarla. No por ahora. —«¿Qué?!», me entran ganas de gritarle frustrada, al tiempo que él saca su miembro y me mira lascivamente—. No vamos a hacerlo porque lo va a hacer usted misma. Queremos ver cómo se toca para nosotros —sigue diciéndome y noto que una de mis manos ha sido liberada de su agarre—. Adelante, Valentina, bríndenos su placer...

—Yo... no sé si puedo hacer esto —le contesto en un susurro.

—Claro que puede, el papel de mojigata y virginal no le va. La hemos visto en el coche con aquel inútil... Adelante. —Me invita con un movimiento de cabeza—. Y no haga que lo tenga que repetir una tercera vez.

Con mucho reparo, llevo mi mano hacia mi sexo y comienzo a moverla de forma tímida. Puedo notar lo empapada que estoy. Tanto, que mis fluidos han empezado a mojar la cama.

Bajo la atenta mirada de esos cuatro desconocidos, de los cuales sólo oigo el sonido de sus respiraciones aceleradas, mis movimientos se van haciendo cada vez más intensos sobre mi clítoris y no puedo contener los gemidos, progresivamente menos temerosos, que salen de mi garganta.

—Pruebe cómo sabe. Dígame cómo sabe, Valentina —me ordena e inmediatamente llevo la mano libre hacia mi boca, succionando mi dedo índice con un poco de reparo—. Y bien... dígame, ¿a qué sabe?

—Es... salado y dulce a la vez, muy intenso —consigo encontrar mi voz para contestar.

Desplazo de nuevo los dedos hacia la entrada de mi sexo y, mirando fijamente al líder del grupo, que no deja de tocarse su dura erección, los introduzco lentamente en mi interior, soltando en forma de leve gruñido todo el aire que había estado acumulando desde que dejé de hablar.

Nuestras miradas se cruzan y siento que no puedo despegar los ojos de los suyos, a la vez que mi mano toma velocidad y curvo los dedos en mi interior. Arqueo las caderas y me muevo contra mi palma, que hace fricción contra mi clítoris y me mantiene al borde del inminente orgasmo que está a punto de salir de mí.

—Deténgase —exige mientras se levanta de la silla y se acerca a la cama. Paro todo el movimiento, dejando escapar un sonido de frustración pero manteniendo los dedos en mi interior—. Mike, vuelve a atarla a la cama —le indica al hombre de mi derecha.

Mike se acerca a mí y, rozando su mano de forma poco accidental por todo mi cuerpo, me dice con un acento que no consigo distinguir:

—Es nuestro turno, muñeca. Dame tu mano. —Saco la mano de mi interior y él se la lleva hacia su boca. Saca la lengua y empieza a lamer los dedos que he tenido dentro de mi cuerpo, dejando escapar sonidos de verdadero gusto. Cuando ha terminado supreciado festín, me la vuelve a amarrar al cabecero.

Sin pronunciar una palabra, el líder hace unos gestos con la cabeza a los demás hombres, que toman posiciones encima de la cama. El más alto de todos y que hasta hace un momento se encontraba a los pies de la misma, se posiciona entre mis piernas agarrando su erección y paseándola por mi sexo, empapándose de mis fluidos. Mientras, los otros dos siguen con su fiesta particular a escasos centímetros de mi cara, tocándose sin ningún pudor frente a mí.

—Ahora disfrute, entréguese entera y sólo disfrute —dirige, sin llegar a entrar en la escena, desde una esquina de la cama.

Tan pronto como fijo mi vista en el que tengo entre mis piernas, que sigue rozándose contra mí pero sin llegar a penetrarme, noto cómo una mano me agarra por la parte baja de mi cuello y guía mi cabeza a su imponente erección. La coloca a escasos centímetros de mi cara y, con su otra mano, la agarra desde la base y comienza a darme golpecitos en la boca y por las mejillas. Abro mi boca y saco la lengua, invitándolo a entrar. En el mismo momento en el que la introduce hasta el fondo de mi garganta, siento cómo llenan mi vagina. Ambos me han penetrado a la vez y comienzan a moverse a un ritmo frenético contra mí. Me asaltan de una manera bestial y sin detenerse, sin permitirme hacer nada más. No puedo moverme debido a cómo me tienen atrapada entre sus cuerpos y los amarres de las muñecas, y me limito a deleitarme con el momento y a sentir las fuertes arremetidas que ambos infligen sobre mí, mientras que un par de manos se afanan por retorcerme los pezones.

Mi cuerpo empieza a contraerse. El orgasmo vuelve a estar muy cerca e intento elevar mis caderas para que el roce sea mayor y así conseguir liberarme. Mis gemidos, contenidos por el miembro que tengo en la boca, llenan la habitación y sus gruñidos cada vez que embisten contra mí no hacen más que encenderme y desinhibirme. Con dos fuertes acometidas contra mi cabeza, siento cómo un potente hilo salado me inunda la boca y, mientras me sigue asaltando entre pequeñas convulsiones, consigo tragármelo todo, sintiendo que estoy a punto de estallar en un demoledor orgasmo.

En el mismo instante en el que se retira de mi boca, noto un vacío en mi interior y de nuevo una gran frustración me invade.

—No, por favor. ¡No! Otra vez no... —consigo gimotear al haber perdido de nuevo el momento de llegar al clímax.

—Confíe en nosotros. Le prometí el mayor de los placeres que hubiese experimentado y lo tendrá. Le doy mi palabra —me dice desde la esquina de la cama, sin dejar de mirarme y masturbarse.

Observo cómo desatan mis manos. El que aún no había entrado en escena, bajo las órdenes del líder, se tumba en la cama y me colocan encima de él. Siento que me llena totalmente al introducirse en mi interior y cómo encaja lentamente toda su longitud, haciendo que llegue a sentirlo en lo más hondo de mi ser. Unas manos en mi espalda me empujan hacia delante, haciendo que mi pecho quede totalmente pegado con el del hombre que me tiene ensartada. Al momento, un dedo invasor comienza a tentar mi entrada trasera. En cada lenta embestida que me proporciona el que está debajo de mí, guiándome con sus manos en mis caderas y moviéndome como si fuera una muñeca, el dedo penetra más y más, hasta que noto que comienza a moverlo en círculos para prepararme a lo que vendrá.

Aparta la mano para, al momento, sentir que agarran mi coleta y tiran de ella con fuerza, a la vez que invaden totalmente y sin dilación mi trasero. En ese instante comienza un acompasado vaivén dentro de mí que me vuelve totalmente loca y hace que grite de puro dolor y placer. La mano que sujetaba con fuerza mi cabello me suelta para ser sustituida por otra, que agarra mi cabeza y la guía hacia una nueva erección.

Me quedo paralizada al ver que se trata del líder del grupo, que finalmente ha decidido participar. Él nota mi asombro y, mirándome fijamente, me dice:

—Eres una putita cachonda y te está encantando lo que te estamos haciendo. Vamos, cómeme la polla hasta el fondo y deja que te follen y te colmen mis hombres a su gusto.

Ese lenguaje tan soez, esa mirada cargada de lujuria, la situación... Todo me supera y abro mi boca para intentar provocarle un placer casi tan grande como el que estoy sintiendo yo. Sus manos siguen en mi cabeza y marcan el ritmo de mi asalto hacia su miembro.

Ahora mismo podría morir de placer. Sería una muerte placentera, tan placentera como todo lo que estoy sintiendo, mientras me invaden la boca, el sexo y el trasero a la vez. Estoy muy cerca, rozando con la punta de mis dedos un orgasmo que, como un tsunami, arrasará con todo mi mundo y cambiará mi forma de pensar en cuanto a placer se refiere. Nunca antes lo había sentido con tal magnitud.

—Vamos, Valentina... Córrrete para nosotros. ¡Ahora!

Y en el momento que pronuncia esas palabras, un fuerte azote en mi nalga derecha hace que se desate en mí el placer más grande que haya sentido jamás. La vista se me nubla, todo mi cuerpo se convulsiona y los gritos resuenan por toda la habitación.

—¡¡¡Valentina!!! —Vuelve a moverme, agitándome—. ¡Vamos, despierta! Estás montando un escándalo... ¿Se puede saber qué demonios estás soñando?

Muy a mi pesar, abro los ojos. Acabo de darme cuenta de que, por mucho que apriete los párpados, no voy a conseguir volver a la escena que se estaba desarrollando en mi placentero sueño. Enrique, mi marido, me mira con una cara que denota lo molesto e irritado que se encuentra en este momento, con su eterna ceja levantada en modo acusatorio.

Detesto cuando hace ese gesto.

Me remuevo en la cama, quedándome sentada, y me froto los ojos con los dedos mientras siento su mirada clavada en mi nuca. Sinceramente, no me apetece mirarlo...

NOTA DE LA AUTORA

Este relato está recogido en la novela Descubriendo a Valentina, pues con él me di a conocer y surgió la historia posterior que se cuenta en la novela, de ahí su nombre «Un sueño llamado Valentina».

PUEDES CONTINUAR
LEYENDO LA HISTORIA EN:



www.macaferreira.com